

# DON QUIJOTE MURIÓ DE REALIDAD

MARINA CASADO

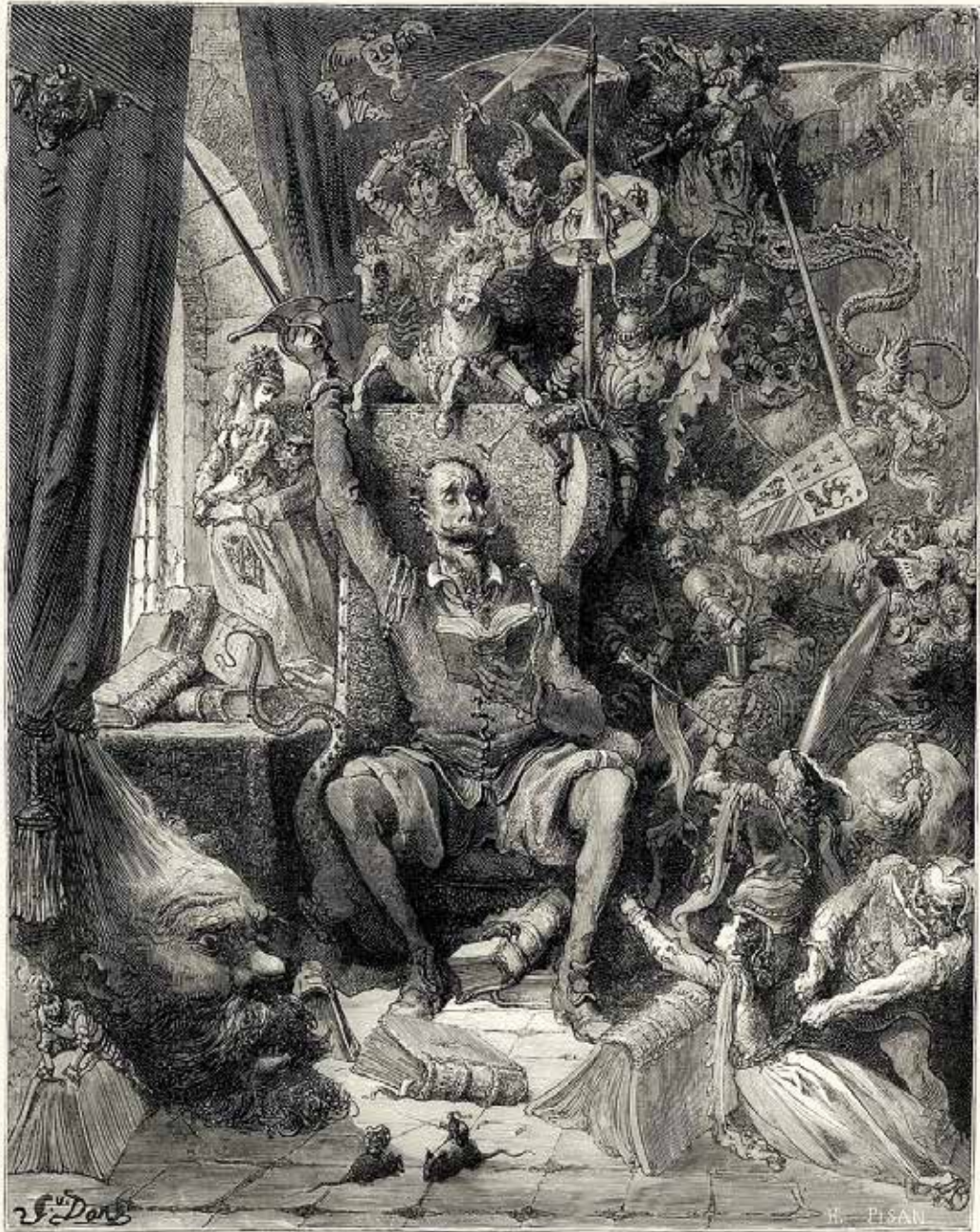
Uno de los grandes dramas humanos es que la vida sea solo una. Cada pequeña elección nos va configurando un camino que no hace sino avanzar; en cada paso vemos cerrarse múltiples puertas a lo desconocido. Es necesario. A menudo no puedo evitar preguntarme cómo sería yo si mis elecciones hubieran sido otras. Por eso mismo, a los treinta años comprendo, en cierto sentido, esas legendarias crisis que asolan a algunas personas de mediana edad y que las empujan a romper con todo: con su familia, con su trabajo, con la vida tal y como la conocían hasta ese momento. Es el afán por reinventarse, por buscar otra versión de sí mismos. Es el terror por no conocer el paisaje oculto tras todas esas puertas que han ido cerrándose a lo largo de sus cincuenta o sesenta años. Porque la propia vida nos conduce a elegir un amor, un sendero, un horizonte. Pero siempre persiste la incertidumbre hacia lo que pudo haber sido.

De niña me sobraba imaginación. No lograba asumir que el mundo fuera el que es, sin contraluces, sin esquinas de fantasía o rincones que se escapan de la lógica. Encontré el necesario refugio de los libros, donde las cosas podían resultar muy diferentes. Aquel mundo por el que comenzaba a adentrarme satisfacía, en gran medida, mi anhelo de imposibles. Gracias a Roald Dahl, aprendí a distinguir a una verdadera bruja y conocí al Gran Gigante Bonachón, viajé a la Fábrica de Chocolate de

Willy Wonka y casi puedo afirmar que saboreé una de sus chocolatinas –aquella de “caramelo batido”–. De la mano de René Goscinny, me hice amiga del Pequeño Nicolás y lo acompañé en alguna de sus aventuras. Mario Lodi me regaló el canto del pequeño Cipi, aquel pajarillo que tuvo que aprender a vivir, de la misma forma que Carolina, la gallina inventada por Concha López Narváez, que fue también la creadora de aquella tejedora terrible que anunciaba la muerte.

De alguna forma, esos libros constituyeron mi forma de rebelarme ante la realidad, de negarme a vivir solamente la vida que se me ofrecía. La realidad era uno más de los caminos recorridos. Así descubrí que la lectura –además de la escritura– es lo único que nos permite existir en múltiples dimensiones. Qué fundamental y hermoso es el momento en el que un niño realiza este descubrimiento. El recientemente fallecido director de cine José Luis Cuerda lo plasmó en la que, para mí, es su mejor obra: *La lengua de las mariposas* (1999). En un momento de la película, el maestro –encarnado por ese gigante del séptimo arte que fue Fernando Fernán-Gómez– le regala a su pupilo Moncho un libro: *La isla del tesoro*, de Stevenson; además de una sabia enseñanza: “En los libros podemos refugiar nuestros sueños para que no se mueran de frío”.

Y es que... ¿quién podría conformarse con la realidad? Escribió al respecto el poeta Luis



1

"A world of disorderly notions, picked out of his books, crowded into his imagination."—P. 3.

Ilustración de Gustave Doré

Cernuda: “La realidad no es nunca lo suficientemente amplia y diversa para que ella nos baste por sí sola. Es necesario ese margen misterioso, de vagas luces y vagas sombras, delicado, exigente y voraz, que la imaginación proporciona”. Él, como tantos, se refugió en los libros. Un libro le ayudó a encontrar su identidad y a su amor platónico: *Las cuevas del Vaticano*, de André Gide. Concretamente, un personaje, Lafcadio Wlikie, “Cadio”: “el personaje más fascinador, uno de los personajes más fascinadores que conozco [...] ¿Será oportuno añadir que lo he buscado vanamente por esta realidad? Mi mayor deseo sería verle”.

“Cadio” era un adolescente descarado, espontáneo y hermoso, en el sentido más clásico de la belleza. En cierto modo, recuerda a la figura de Arthur Rimbaud, “*l’Enfant Terrible*”, aquella mezcla de pasión y genialidad, de descarnada y brillante juventud con un toque de insolencia. Este prototipo se reflejaría, a menudo, en la propia obra cernudiana, como queda demostrado en el personaje de “Aire” en uno de sus relatos, *El indolente*:

*Entonces surgió una aparición. Al menos por tal la tuve, porque no parecía criatura de las que vemos a diario, sino emanación o encarnación viva de la tierra que yo estaba contemplando.*

*Aquella criatura, fuese quien fuese, saltando desnuda entre las peñas, con agilidad de elemento y no de persona humana, se fue acercando poco a poco. Así conocí a Aire. [...] Su cuerpo me apareció aquella mañana sobre el cielo, fino, resistente y esbelto, tal modelado por las olas, que entienden de eso como escultor ninguno ha sabido en la tierra. Con los labios entreabiertos, sonreía silenciosamente.*

Aire, hermoso y salvaje, más allá de su aura sobrenatural, guardaba la huella de aquel Lafcadio inventado por Gide, del que Cernuda se enamoró antes de cumplir los treinta años. ¿Qué lector convencido no ha desarrollado una pasión platónica hacia algún personaje literario? A menudo, la literatura parece más real que la propia realidad y en ella nos cruzamos con seres a los que nunca hubiéramos

soñado conocer.

Y si no, que se lo digan al bueno de Alonso Quijano, nuestro Don Quijote, que perdió la razón leyendo libros de caballería. A los autores de la Generación del 98 les criticaron que solo distinguieran idealismo en la sinrazón quijotesca, pero he de confesar que a mí me ocurre como a ellos: no logro asumir el carácter cómico del personaje. Más bien, considero la obra una alegoría de la forma tan cruel que tiene de morir el idealismo: aplastado. Porque hay inocencia y bondad en todas las acciones de Don Quijote, que sale en busca de aventuras para construir un mundo mejor. Una propuesta ingenua que dura poco tiempo, porque la vida –también la nuestra– está plagada de curas, barberos y bachilleres: realistas descarnados. Don Quijote murió de realidad, de eso no me cabe duda.

Después llegó Miguel de Unamuno y reivindicó ese idealismo quijotesco; incluso propuso una cruzada para encontrar el sepulcro de Don Quijote, apostando por la mezcla de realidad y ficción. Leemos en el maravilloso prólogo de *Vida de Don Quijote y Sancho*:

*Creo que se puede intentar la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro de Don Quijote del poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que lo tienen ocupado. Creo que se puede intentar la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro del Caballero de la Locura del poder de los hidalgos de la Razón.*

*Defenderán, es natural, su usurpación y tratarán de probar con muchas y muy estudiadas razones que la guardia y custodia del sepulcro les corresponde. Lo guardan para que el Caballero no resucite.*

*A estas razones hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión, con botes de lanza. No hay que razonar con ellos. Si tratas de razonar frente a sus razones, estás perdido.*

¡Ah, la famosa pasión unamuniana...! Se la inculcaba incluso a sus personajes, como al triste y *nivolesco* Augusto Pérez de *Niebla*, que quiso asesinar a su propio creador, Unamuno; o mejor dicho, al “Unamuno” creado en la literatura por Unamuno. ¡Qué juego imposible de

*matrioskas!* ¿Dónde termina la realidad y comienza la ficción para un lector apasionado?

Los idealistas, los imaginativos, solemos tender a extraviarnos, a veces, por los senderos de la irrealidad, cuando el mundo exterior no nos satisface. Hay que poner límite también al ensueño, por mucho que les duela a Don Quijote y a Unamuno. Cuántas veces no habremos querido quedarnos a vivir en nuestra novela preferida... De ese límite tratan algunas de las obras más célebres del dramaturgo Alejandro Casona, que nos enseñó que está bien soñar, pero sin dejarnos ir del todo. Recuerdo el impacto que me produjo en su día aquel discurso de Ricardo, un personaje de *La sirena varada*:

*Encuentro que la vida es aburrida y estúpida por falta de imaginación. Demasiada razón, demasiada disciplina en todo. Y he pensado que en cualquier rincón hay media docena de hombres interesantes, con fantasía y sin sentido, que se están pudriendo entre los demás. Pues bien: yo voy a reunirlos en mi casa, libres y disparatados. A inventar una vida nueva, a soñar imposibles. Y todos conmigo, en esta casa: un asilo para huérfanos de sentido común. Los nuestros han de ser muy otros: extravagantes, magníficos. Y a nuestra puerta habrá un cartel diciendo: "Nadie entre que sepa geometría".*

¡Qué alegato magnífico contra la razón! Y sin embargo, Ricardo debe acabar volviendo a la realidad para poder amar con hondura a María, la muchacha que se ha convencido de ser una sirena para borrar de su memoria un pasado cruel.

Regresando a Cernuda, también fue él quien afirmó que "ningún sueño vale nada al lado de esta realidad, que se esconde siempre y sólo a veces podemos sorprender". He ahí las dos caras de la moneda. Siempre vuelvo a Cernuda porque constituyó uno de mis primeros referentes literarios. Yo era una adolescente desorientada en el mundo de los adultos cuando leí aquel poema, en un libro de texto del instituto, que terminaba así: "Tu destino es mirar las torres que levantan, las

flores que abren, los niños que mueren; aparte, como naipe cuya baraja se ha perdido". Fue entonces cuando se abalanzó sobre mí todo el veneno mágico de la poesía. Igual que una oleada, que un torrente que estallase. ¿Existe conexión más precisa que la que podemos experimentar con la poesía? Luis Cernuda llegó a mi vida como una explosión, abriendo un cauce necesario para mi timidez patológica. Él también fue un gran tímido. Lo recuerdo como a un amigo íntimo, mucho más cercano que alguno de los que me han acompañado por estas realidades.

Y es que la literatura es capaz de anular el tiempo. De convocarnos a todos, autores y lectores, en una dimensión alternativa y cautivadora, uniendo nuestras voces. Cernuda lo sabía, cuando escribió aquellos versos que rezaban:

*"Cuando en días venideros, libre el hombre / Del mundo primitivo a que hemos vuelto / De tiniebla y de horror, lleve el destino / Tu mano hacia el volumen donde yazcan / Olvidados mis versos, y lo abras, / Yo sé que sentirás mi voz llegarte, / No de la letra vieja, mas del fondo / Vivo en tu entraña, con un afán sin nombre / Que tú dominarás. Escúchame y comprende. / En sus limbos mi alma quizá recuerde algo, / Y entonces en ti mismo mis sueños y deseos / Tendrán razón al fin, y habré vivido."*

La literatura puede salvarnos de la muerte: ese es el secreto. Ya en el siglo XVII lo descubrió Francisco de Quevedo, desde su encierro en la Torre de Juan Abad, cuando escribió: "Retirado en la paz de estos desiertos, / con pocos, pero doctos libros juntos, / vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos".

Qué poder tan maravilloso el que nos brinda la lectura. Qué don tan inaccesible para aquellos que prefieren pasar por el universo casi de puntillas, habiendo vivido una sola vida, un único camino. La lectura, con su abanico de mundos multiplicados, es la mejor prevención contra las futuras crisis de identidad. Sigamos leyendo para vencer al tiempo; para no morirnos de realidad, como Don Quijote. ● ● ●